

XIX.

Desde muy temprano fué la Baronesa á acompañar á su amiga, encontrándola después de la terrible agitación de la noche en un estado de sopor invencible. La señora de Prefont habló á Clara, sin conseguir contestación de ella. Con los ojos abiertos, crispada la boca, desfallecido el cuerpo, permanecía la joven echada en una butaca. Toda su vida se concentraba al parecer en la mirada sombría y fija en alguna espantosa visión.

Así pasó largo tiempo. La campana del reloj anunciando la marcha de las horas estremecía á Clara cada vez que sonaba. Sin estos estremecimientos y sin el espantado brillo de sus ojos, se la hubiera creído dormida.

La llegada de su hermano la sacó de esta postración, acogiéndose apasionadamente á la esperanza de ver á Felipe antes de su partida. Febril, con dos manchas rojas en sus mejillas, y apagada voz, encargó á Octavio conseguir de su marido este favor supremo.

Desde aquel momento, esperó agitada de nuevo, yendo sin cesar del balcón, cuyas cortinillas levantaba para ver si la engañaban

y si Felipe se iba, á la puerta, junto á la cual escuchaba para oírle llegar, ansiosa, enervada, y mostrando á la Baronesa asustadísima el espectáculo de creciente locura.

De pronto, el ruido de algunos pasos la hizo retroceder, como si temiera encontrarse frente al que llamaba con toda su alma. Palideció, oscureciéronsele las ojeras que tenía, é hizo señal á la Baronesa para que se alejase. Permaneció de pie, trémula y sin voz al ver entrar á Felipe.

Por un momento quedaron ambos silenciosos; él examinando con dolor las huellas que tan terribles angustias habían impreso en el rostro de la joven; ella, que un momento antes imaginaba decirle tantas cosas, procurando coordinar sus ideas, y encontrando vacío su dolorido cerebro.

No pudo soportar más tiempo Clara este profundo silencio; dirigióse á Felipe, le cogió una mano entre las suyas, y exhalando un gemido, la cubrió de lágrimas y besos.

Cuando él dueño de la herrería esperal a una explicación y se había preparado á oír súplicas, la explosión puramente física de aquel dolor, que sabía era sincero, le trastornó. Quiso retirar su mano, en la que sentía correr las ardientes lágrimas de la que amaba, y no pudo conseguirlo. Estremeciöse al sentirse sin fuerzas contra tanta aflicción.

— ¡Clara, — dijo en voz baja, — por favor!



me perturba V. profundamente cuando necesito toda mi sangre fría... Cállese V., se lo ruego... procure ser más fuerte, y si le interesa mi vida, no me aflija.

Al oír estas palabras levantó Clara la cabeza. La expresión de su semblante era distinta.

Pareció haber tomado súbita determinación.

—¡Vuestra vida!—dijo.—¡Ah! ¡prefiero dar cien veces la mía! ¡Miserable de mí, que por arrebatada le he puesto en este peligro! ¿No debía antes soportarlo todo? Sufriendo expiaba el daño que le causé, y en un momento de arrebato todo lo he olvidado. Pero ese desafío es insensato... No se verificará. Yo sabré impedirlo.

—¿Cómo?—preguntó Felipe frunciendo el ceño.

—Sacrificando mi orgullo á vuestra seguridad: ¡Oh! nada me hará retroceder, puesto que se trata de V.; me humillaré ante la Duquesa, si es preciso; buscaré al Duque... Todavía es tiempo.

Las facciones de Felipe se contrajeron.

—Se lo prohibo á V.,—dijo con fuerza.—No olvide que lleva mi nombre, y cualquiera humillación suya sería también mía. Además, sepa V. que odio á ese hombre, causa de mi desdicha, y que hace un año anhelo encontrarme con él frente á frente. ¡Ah! créame V., hoy es día feliz para mí.

Bajó Clara la cabeza. Desde hacia tiempo estaba habituada á obedecer cuando mandaba Felipe, y calmado éste después de sus violentas frases, añadió con dulzura:

—Aprecio y agradezco á V. sus intenciones. Hubo al principio de nuestra vida común un desacuerdo que á los dos nos ha causado muchas penas. No hago á V. sola responsable. Falta mía ha sido no saberla comprender ni saberme sacrificar... ¡La amaba demasiado!... pero no quiero alejarme dejándole sospechar que le conserva mi alma rencor alguno. Puede V. estar tranquila, Clara. Perdóneme á su vez el mal que la he causado, y despedámonos.

Al oír estas palabras resplandeció el semblante de Clara, y levantando los brazos con un impulso de apasionado reconocimiento, exclamó:

—¡Perdonar yo á V.! ¿Pues no está viendo que le adoro? ¿No lo ha adivinado usted desde hace tiempo en mi turbada voz y en la expresión de mis ojos?

Se había acercado á Felipe, y echándole los brazos al cuello apoyaba la rubia cabeza en su hombro, embriagándole con su perfume y enardecándole con su mirada.

Continuó entonces hablando como si soñara:

—¡Ah! no te vayas. ¡Si supieras cuánto te amo! Quédate aquí, junto á mí, comple-



tamente mío. ¡Somos tan jóvenes, y tenemos tanto tiempo para ser felices! ¿Qué te importa esa mujer y ese hombre que nos odian. Los olvidaremos. ¿Quieres que nos vayamos lejos de donde están? Con nosotros irán la felicidad, la vida y el amor.

Felipe apartó suavemente los brazos que le enlazaban y alejó á Clara.

—Aquí—dijo sencillamente—están el deber y el honor.

La joven exhaló un gemido al comprender de nuevo la terrible realidad. Durante un momento vió su imaginación al Duque con la pistola en la mano y en los labios la malévolá risa; quiso lanzarse, hacer el último esfuerzo, retener á Felipe á pesar suyo, y exclamó:

—¡No!... ¡no!...

En aquel instante se presentó Octavio en la puerta, hizo á Felipe una señal con la cabeza y se retiró. Conoció Clara que había llegado el momento de la partida, y como si se desgarrase un velo que oscurecía su espíritu, comprendió que todo había concluido. Estrechándose al pecho de su marido lo abrazó por última vez con frenesí.

—¡Adiós!—murmuró Felipe.

—Oh! ¡No me dejes así bajo la impresión de esa helada palabra! ¡Dime que me amas! ¡No te vayas sin habérmelo dicho!

Felipe permaneció inquebrantable. Había dicho que perdonaba, y no quiso decir que

amaba. Apartó á Clara de sí, dirigióse á la puerta, y al salir le dijo como última esperanza:

—Ruegue V. á Dios que vuelva vivo.

Clara dió un grito que hizo acudir á la Baronesa. El carruaje que conducía á Felipe codaba ya por el camino.

Sin preocuparla la presencia de Sofia, echóse Clara en una butaca y ocultó la cabeza en los cojines, no queriendo ver ni oír y deseando que su vida se suspendiera durante la hora terrible que iba á pasar. Así permaneció algunos instantes.

La hizo levantar de repente la dulce voz de Susana que llamaba á la puerta diciendo: «¿Se puede entrar?»

Clara cruzó dolorosa mirada con la Baronesa. Aun iba á verse obligada á disimular, procurando engañar á aquella niña, que ignoraba la verdad. El fresco y risueño semblante de Susana apareció por la puerta entreabierta.

—Ven, hija mía,—dijo Clara.

Y á fuerza de voluntad sonrió.

—¡Qué! ¿Aun no está V. vestida?—exclamó la joven viendo á su cuñada con un peinador.—Pues yo he dado ya la vuelta al parque en el carruaje pequeño.

Recorrió Susana la habitación registrándolo todo como gatita mimada.

—Acabo de encontrar á Felipe—añadió—con el Barón y Octavio; iban en coche



cerrado... Tenían un aspecto singular... ¿A dónde irían así los tres?

Clara se sonrojó y palideció sucesivamente. Angustioso sudor corría por su frente. Cada palabra de Susana aumentaba su tormento.

—Si mi marido iba con ellos,—contestó la Baronesa,—irían á algún experimento... quizá á alguna visita á las canteras.

—¿Hacia dónde se dirigían?—preguntó Clara con trémula voz.

—Hacia los Estanques. Acaso vayan á la Varenne.

—Oh! no,—dijo la Baronesa.—El Duque de Bligny no es hombre capaz de levantarse antes de las diez...

Clara no oyó más. Hacia los Estanques, había dicho Susana, é inmediatamente vió su imaginación la encrucijada con su verde alfombra, sus vallas pintadas de blanco, y en el fondo las durmientes aguas bajo las inclinadas ramas de los árboles. Aquel sitio triste y solitario era el más á propósito para un desastro. Tenía un aspecto de desolación que le hacía propicio á cualquier escena trágica. Allí era donde el Duque y Felipe iban á bañarse: estaba segura de ello, como si les viese.

Dominada por terrible agitación, arrastrada por el deseo de saber, no pudo permanecer quieta. Tomó un vestido y se lo puso apresuradamente. Un proyecto tan

pronto concebido como ejecutado excitó todos los resortes de su voluntad.

—¿Te has servido del carruaje pequeño?—preguntó á Susana.—¿Dónde lo has dejado?

—En el patio de las caballerizas,—respondió la joven;—estarán desenganchándolo ahora.

—Voy á tomarlo. Tengo que hacer un encargo esta mañana,—dijo con rapidez Clara.

Y cubriéndose con una toquilla de encaje la desnuda cabeza, salió apresuradamente.

Sola, guiando con atrevida mano, partió á escape. Lejos de calmar la fiebre, el movimiento la sobrecitó, y tuvo el frenesí de la velocidad, llevando el caballo á galope y saltando el carruaje en los baches de un camino de bosque, con peligro de hacerse mil pedazos.

Ningún obstáculo la detenía, aumentando á cada instante la rapidez de la carrera, rígidos los nervios, mordiéndose los labios, envidiando las alas á las aves, y escuchando, con la respiración entrecortada por los latidos de su corazón, si sonaba en el silencio del bosque un siniestro disparo.

Pero el bosque continuaba silencioso, oyéndose sólo á lo lejos los cascabeles de los carruajes que iban por la carretera. La alfombra de hierba de la alameda extendíase á lo lejos, mitigando el ruido de las pisadas



del caballo, que despedía espeso vapor de sus costados, rodeándole como una nube. Excitado con rabia, tropezó y cayó. Saltó Clara al suelo, y continuó con celeridad al través del bosque. Su instinto le advirtió que llegaba al sitio. Escuchó, y oyó que hablaban.

Miró á su alrededor. A veinte pasos, y á orillas de los Estanques, estaba el kiosko chino del Sr. Moulinet, reflejando en las aguas sus placas de porcelana. Desde allí podía ver Clara sin ser vista. Ligeramente como gamo acosado, deslízose al través de las ramas, y subiendo los peldaños que conducían á la galería circular, se detuvo ansiosa y asustada.

En medio de la plazoleta, el Barón andaba á largos pasos midiendo la distancia. La Brede y Moulinet, éste pálido y acongojado, cargaban las armas. Al extremo opuesto de aquel claro del bosque paseaba Felipe lentamente, hablando con Octavio y el médico. A tres pasos del kiosko, mascujaba un puro el Duque, quebrando maquinalmente con el junquillo que llevaba en la mano los elevados tallos de digitales.

Recordó Clara con el corazón oprimido la encrucijada llena de cazadores y elegantes damas, y el almuerzo servido por los graves criados de la Varenne. Aquel día todo era alegre, brillante, feliz. Estuvo entonces celosa; pero ¿qué eran los celos al lado de

tormento que sufría en este momento? Tenía á la vista dos hombres que trataban de matarse por causa de ella, y dentro de un instante alguno de ellos quedaría tendido en la hierba.

Nublados los ojos, tuvo que agarrarse á la balaustrada para no caer. Su debilidad fué, sin embargo, de corta duración. Miró de nuevo, anhelosa y con horrible atención.

Los adversarios estaban ya en sus respectivos sitios, y el Sr. Moulinet exclamaba con acento de súplica:

— ¡Señores, por favor, señores!...

La Brede le empujó, riñéndole severamente. Octavio entregó á Felipe la pistola y retrocedió algunos pasos. La Brede preguntó con voz serena:

— ¿Están VV. prontos, señores?

El Duque y Felipe respondieron á la vez: «Sí.»

El joven añadió, contando lentamente: «una, dos, tres; ¡fuego!»

Clara vió las dos pistolas bajar amenazadoras. En este supremo instante perdió la razón. Un invencible impulso la hizo avanzar; dió un grito, saltó de un brinco la escalinata del kiosko, y arrojándose ante la bala que amenazaba á Felipe, tapó con su blanca mano la boca de la pistola de Bligny.

En el mismo instante sonó una detonación; Clara se puso pálida como muerta, y agitando fuera de sí su mano herida y en-



sangrentada, salpicó con grandes manchas de sangre el rostro del Duque. Después dió un profundo suspiro, y cayó sin sentido.

Hubo entonces un momento de indescriptible confusión. El Duque retrocedió horrorizado al sentir en la cara aquella lluvia roja y caliente; Felipe de un salto cogió á Clara, y levantándola con la misma facilidad que á una niña, la llevó al carruaje que les esperaba á la vuelta del camino.

Los ojos de la joven se habían cerrado. Ansioso el dueño de la ferrería, levantó con ayuda del médico la pobre mano mutilada, y besó con adoración aquella carne que por él sufría.

Sombrío el médico, examinó con destreza de mujer el brazo de Clara.

—No hay fractura,—dijo al fin satisfecho.—Hemos librado mejor de lo que se podía esperar. La mano quedará seguramente bien señalada, pero lo remediará la señora Derblay no quitándose los guantes.

Y se echó á reír, recobrando su sangre fría de operador. Arregló después los almohadones del coche para que la joven fuera cómodamente sentada.

Felipe, trastornado todavía, no se apartaba de su esposa, alarmándole el largo desmayo. La voz del Barón que le llamó hizo recordar la situación. La Brede muy agitado acompañaba á Prefont.

—El Duque de Bligny me encarga, ca-

ballero, que le manifieste su profundo pesar por la desgracia de que ha sido involuntario autor. El accidente ocurrido á la señora Derblay le aflige tanto, que ha modificado sus propósitos. Parécele imposible ahora que continúe el desafío. El valor de mi amigo es indiscutible, como lo es el vuestro. Todos somos aquí hombres de honor... y el secreto de lo ocurrido será fielmente guardado.

El dueño de la ferrería miró á Bligny trémulo y lívido, apoyado en una valla, enjugando maquinalmente su rostro, y viendo, con dolor intenso de su alma, que cada vez impregnaba la fina batista de su pañuelo una nueva mancha roja. Pensó que su bala pudo herir de muerte á Clara destrozando su bella frente ó atravesándole el blanco pecho, y en aquel momento, juzgándose con severidad, le horrorizó lo que había hecho, y resolvió apartarse para siempre del camino de la que por su culpa tanto había penado.

La Brede continuaba hablando á Felipe con una emoción que no le era habitual. El dueño de la ferrería oyó vagamente que el joven le aseguraba su personal sentimiento y dejó que le apretase vigorosamente la mano. Viendo al Duque que se alejaba impulsado por Moulinet, obligó al médico á subir al coche, subió él al pescante, cogió las riendas, y partió rápidamente.

En la espaciosa habitación de los tapices antiguos en que las diosas llenan la copa á



los guerreros, estaba Felipe silencioso, sentado junto al lecho como durante la larga enfermedad de Clara.

Preso la joven de la fiebre, sin haber recobrado el conocimiento hacia una hora se agitaba en la cama. Abrió al fin los ojos, y con vaga mirada buscó á Felipe. Este se levantó vivamente inclinándose hacia ella. Clara sonrió, y con su desnudo brazo rodeó el cuello de su marido, atrayéndole dulcemente. Su perturbado cerebro no tenía aún noción exacta de las cosas, y creyó flotar inmaterial en los espacios celestes. Ya no sufría, y deliciosa languidez se había apoderado de su espíritu. En voz tan baja que apenas la oyó Felipe, murmuró:

—Estoy muerta, ¿no es verdad, bien mío? He muerto por tí. ¡Qué feliz soy! Tú me sonríes, tú me amas; estoy en tus brazos. ¡Qué dulce es la muerte, y qué adorable la eternidad!

De pronto, el sonido de su voz la despertó; agudo dolor atravesó su mano, y se acordó de todo: de su desesperación, de su angustia, de su sacrificio.

—¡No! ¡yo vivo!—exclamó.

Rechazó á Felipe, y mirándole ansiosa como si la respuesta fuera de vida ó muerte, preguntó:

—Una sola palabra, responde: ¿me amas?

Felipe le mostró su rostro radiante de júbilo.

—Sí, te amo,—respondió.—Había en tí dos mujeres. La que tanto me ha hecho penar, ya no existe. Tú eres la que siempre adoré.

Clara dió un grito; sus ojos se llenaron de lágrimas; se abrazó desesperadamente á Felipe; sus labios se tocaron, y en éxtasis inexplicable se dieron el primer beso de amor.

FIN.



